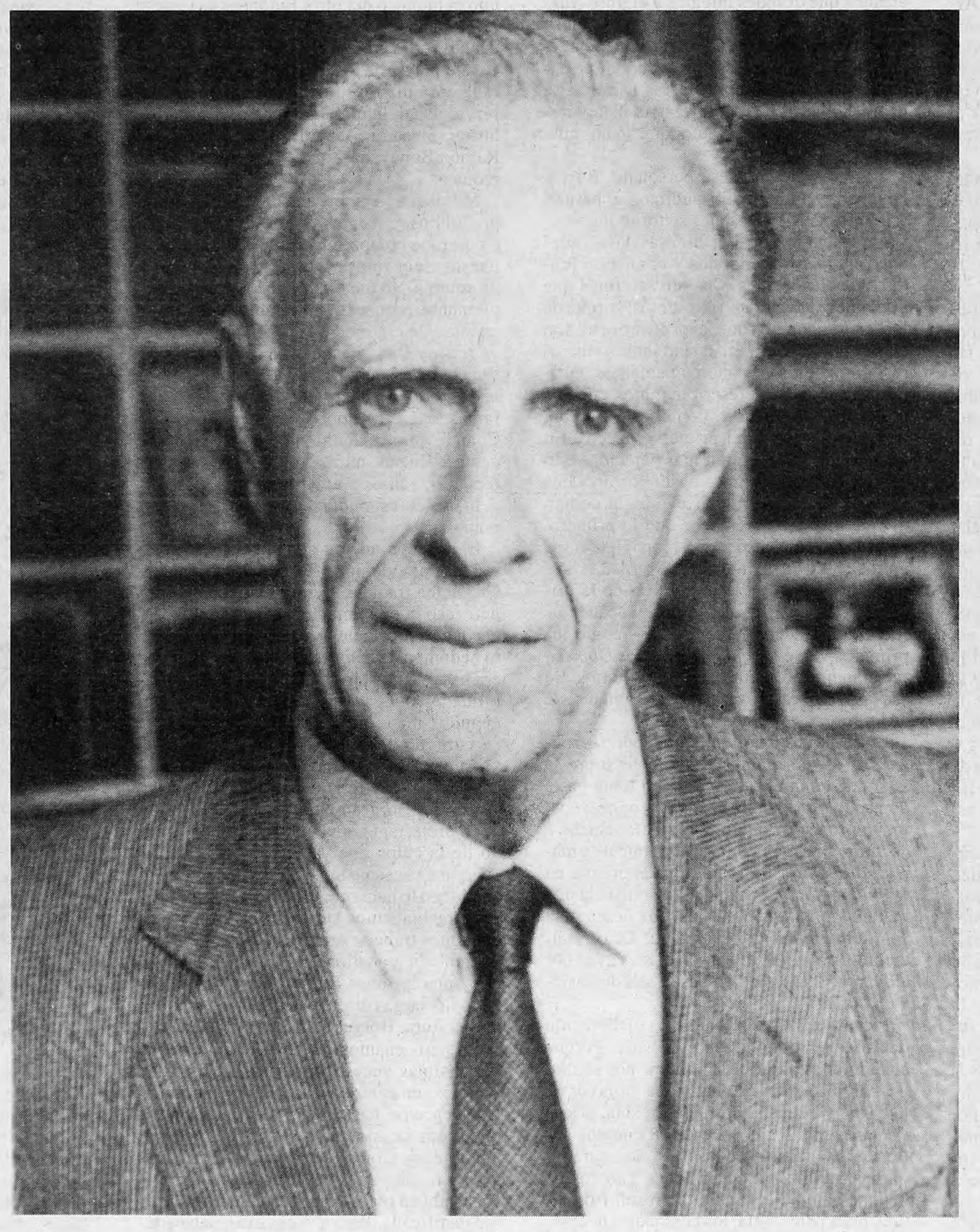
Adolfo Bioy Casares



Alfredo Grieco y Bavio asegura que Bioy Casares increpó cierta vez a un vendedor callejero, rogándole que reemplazara su afectado grito de "a la rica garrapiñada recién *elaborada*" por el más sencillo y prosaico "a la rica garrapiñada recién *hecha*". Con independencia de que se trate de un incontestable hecho o de una artística elaboración, la anécdota expone de un modo clarísimo las virtudes de Bioy y los defectos de quienes lo imitan, entre los que a menudo se cuenta él mismo. Los vendedores de garrapiñada –los diputados nacionales, los gerentes de banco– suelen creer en las palabras elegantes. Por eso resulta poco verosímil que el taxista de *Un campeón desparejo* (1994) hable con una voz tan pura y clásica como la del personaje de *La invención de Morel* (1940). Y por eso la campaña de Bioy contra el abuso de los sinónimos resulta con frecuencia nociva: sólo un escritor de su habilidad puede prescindir de ellos sin caer en cacofonías.

Adolfo Bioy Casares nació en Buenos Aires el 15 de septiembre de 1914, y ha comenzado en los últimos años a gozar de una fama que excede –para bien y para mal– lo literario. Su novela más lograda, *Dormir al sol* (1973), es una receta para enriquecer la provinciana literatura argentina. Abriéndose al influjo del irlandés Flann O'Brien *(The Third Policeman, The Dalkey Archive)*, Bioy construyó una pesadilla perdurable tanto por su tema como por su magnífica prosa. *Dormir al sol* bastaría para garantizarle al novelista la gratitud de los lectores, pero hay otros títulos que tienen el mismo efecto: *El sueño de los héroes* (1954), *Diario de la guerra del cerdo* (1969) y *El héroe de las mujeres* (1978). Sería una lástima que las tontas pretensiones nacionales de galardones extranjeros impidieran evaluar críticamente la obra de Bioy, alguien que tanto ha bregado porque los escritores nacionales aprendiesen a evaluar críticamente sus propias obras.

Jorge y

En un almuerzo en casa de Victoria Ocampo, en 1932, conocí a Borges. Puedo asegurar que fue en esa fecha porque el día anterior Borges había publicado un artículo titulado "Nuestras imposibilidades", hablando de nuestras imposibilidades de ser coherentes o lúcidos en materia política. Yo lo había leído un rato antes de nuestro primer encuentro y hablamos de eso.

Borges se puso a hablar mucho conmigo aunque yo era un chico. Victoria Ocampo, seguramente, me había invitado porque mi madre, que era amiga de ella, le habría dicho que yo escribía. Estaba allí un escritor francés, uno de los de turno de visita en la Argentina, y Victoria, que era muy mandona, dijo: "¿Quieren dejar de hablar entre ustedes y atender al señor Fulano de Tal?". Borges se sintió un poco ofuscado. Tenía mala vista y tropezó con una lámpara, tirándola al suelo. Ese incidente nos hizo sentir una cierta complicidad.

Nunca pensé en términos de gloria o fama y ésa es otra cosa que nos unió a los dos. Las primeras cosas vienen primero, y las segundas pueden olvidarse: la prioridad era la literatura, el acierto literario, la filosofía, la verdad.

Yo sentía que para mí Borges era la literatura viviente y, de algún modo, él habrá sentido que yo compartía esa actitud ante las letras, que para mí era lo principal en la vida. Para los dos, lo más importante era comprender. Sentíamos un gran placer cuando, sobre cualquier asunto que ocurría en la realidad, uno de nosotros explicaba al otro lo que sucedía. Tanto Borges como yo creíamos en la inteligencia como instrumento de comprensión. No se trataba entonces de él o de mí, de quién hablara, sino de haber entendido la verdad de algo. Eso era lo que nos exaltaba más. Para mí, la amistad con Borges fue un regalo de la suerte. Fue la primera persona que conocí para quien nada era más importante que la literatura. Para él la literatura era lo más real. Me hablaba de lo que había leído como si fuera una noticia de actualidad, así se tratara de un presocrático. Cuando colaborábamos, por ejemplo, llegaba a casa y me decía: "Estuve con Fulano de Tal y me dijo tal cosa". Pero Fulano de Tal era un personaje del texto que estábamos escribiendo nosotros.

Borges tenía ese tacto secreto para hacerme sentir que yo era su par. Nunca me hizo sentir de otra manera. En alguna medida porque debía considerar que yo era suficientemente inteligente. No es altanería de mi parte, pero creo que se encontraba a gusto con mi inteligencia. Además, cuando dos personas son amigas, cada una enseña algo a la otra; en caso contrario se trataría de una relación entre maestro y discípulo, no entre amigos. Borges decía, por ejemplo, que él siempre fue partidario del estilo adornado, barroco, y que yo nunca me dejé engañar por ese tipo de escritura. Siempre tuve una predilección por la simplicidad y la transparencia que puede haber sido beneficiosa para Borges, a quien le gustaba demasiado el estilo culto, erudito, artificial. Pienso, y ojalá no me equivoque, que pude en eso haber sido útil para él, como él fue útil para mí en infinidad de cosas.

En múltiples entrevistas y en algún escrito afirmé que nunca escribimos con Borges ese primer cuento del doctor Pretorius, que me relató en Pardo. Daniel Martino, mientras trabajaba en su libro *ABC de Adolfo Bioy Casares*, encontró un manuscrito que prueba lo contrario. Borges y yo lo habíamos olvidado por completo, pero llegamos a escribir unas páginas del cuento, una línea escrita por él y otra por mí y así sucesivamente.

Ese cuento inconcluso y luego olvidado hizo que surgiera el deseo del trabajo en común; comenzamos a hablar de la posibilidad de escribir juntos cuentos policiales. Así nacieron "Seis problemas para Isidro Parodi", "Un modelo para la muerte" y después "Dos fantasías memorables".

Cuando estábamos escribiendo uno de los cuentos que después integraría el libro *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*, suspendimos el trabajo porque sentíamos que nos estaba devorando esa especie de autor que habíamos creado los dos. Bustos Domecq se había convertido en un bromista insoportable, similar a Rabelais, autor que no nos gustaba.

Nosotros creamos ese personaje, Bustos Domecq, y mientras lo pudimos gobernar, seguimos con él. Después se tornó ingobernable y dejamos de escribir esas cosas, aunque seguíamos viéndonos y comiendo juntos todas las noches. Cuando sentimos que podíamos volver a escribir juntos, surgieron los nuevos cuentos que, a mi criterio, no son peores que los primeros, sino incluso mejores porque en los primeros habíamos partido de la ilusión de escribir juntos cuentos policiales ortodoxos y, como no lo fueron, llevaban el lastre del primer proyecto. En cambio, los nuevos eran más parecidos a lo que realmente podíamos hacer nosotros dos juntos. Sin embargo, existe el lugar común de que lo segundo es peor que lo primero. Henry James se pasó la vida corrigiendo sus textos, pero la gente que hoy reedita sus obras proclama que está publicando la primera versión. Creo que los nuevos cuentos fueron tan buenos –o tan malos– como los primeros y que *Crónicas de Bustos Domecq* fue el mejor libro que escribimos juntos. En ese aspecto estábamos completamente de acuerdo.

Escribíamos habitualmente por las noches. Conversábamos libremente sobre la idea que teníamos acerca de un tema hasta que se iba formando, casi sin proponérnoslo, un proyecto común. Luego me sentaba a escribir, antes a máquina, últimamente a mano, porque escribir a máquina ahora me da dolor de cintura. Si a uno se le ocurría la primera frase, la proponía y así con la segunda y la tercera, los dos hablando. Ocasionalmente Borges me decía: "No, no vayas por ahí", o yo le decía: "Ya basta, son demasiadas bromas".

Pienso que este trabajo en colaboración debió enseñarnos a ser modestos. Porque cuando empezamos a colaborar nos sentíamos alineados en una campaña en favor de la trama y de la escritura deliberada, eficaz y consciente. Ibamos a escribir cuentos policiales clásicos como los de la literatura inglesa hasta los años cincuenta, cuentos en los que había un enigma con resolución nítida, poca psicología, los personajes necesarios y la reflexión apenas indispensable. Resultó que escribimos de un modo barroco, acumulando bromas al punto que por momentos nos perdíamos dentro de nuestro propio relato, y alguno de los dos preguntaba: "¿Qué es lo que iba a pasar con ese personaje? ¿Qué íbamos a escribir?". Esto es casi patético porque ambos nos jactábamos de ser muy deliberados. Es como si el destino se hubiera burlado de nosotros.

Luego de "Un modelo para la muerte" hicimos un alto. Tiempo después, en un momento en que Borges estaba muy enamorado, en uno de sus tantos amores infelices, sucedió algo que dio lugar al reinicio de nuestra colaboración. Una mañana yo sacaba a pasear a mi hija y al hijo de la cocinera. Cada uno de esos chicos tenía en la mano un muñeco y se lo describía al otro. Yo estaba calentando el motor del auto y los oía atrás, describiendo, como si no pudieran ver uno el muñeco del otro. Entonces esa noche le propuse a Borges que escribiéramos un cuento sobre un escritor que describiera por el solo placer de la descripción, aunque fuera la cosa más desprovista de interés: el lápiz, el papel, la mesa de trabajo, la goma de borrar, etcétera. Así surgió "Una tarde con Ramón Bonavena", que es la primera de las crónicas.

Meses después, porque con Borges siempre fuimos reticentes y corteses, me agradeció porque comprendía que yo le había propuesto ese cuento para hacerle olvidar su mal de amores. No fue así. Yo se lo propuse simplemente porque se me había ocurrido el cuento. De ese modo nacieron las *Crónicas de Bustos Domecq*, que fue casi nuestra última colaboración larga. Después sólo hubo textos breves: un prólogo sobre literatura fantástica, otro sobre cuentos policiales. Cuando surgía alguna de esas tareas yo le decía: "Bueno, mirá, creo que no hay más remedio, vamos a tener que escribir algo". A lo que él respondía: "¡Qué suerte!", y nos poníamos a escribir.

El más apurado en que nos pusiéramos a trabajar era siempre Borges. Realmente le encantaba trabajar y era muchísimo menos perezoso que yo, mucho más rápido. El decía que le daba mucha importancia al aspecto hedónico de la literatura, pero en realidad era bastante austero y le disgustaban las debilidades o las complacencias. A mí, por ejemplo, me gustaba desde chico la idea de las curas termales porque pensaba que debía ser sumamente agradable estar sentado, descansando y que lo atiendan a uno. Ese tipo de cosas a Borges lo impacientaban. Era un poco protestante, una persona con un sentido de la culpa que yo nunca tuve. Ahora, aunque a veces yo tenía pereza para comenzar, luego lo hacía contentísimo. Es que además trabajábamos riéndonos a carcajadas. Quisimos trabajar en serio y fracasamos.

También eran diferentes muchas de nuestras apreciaciones literarias. Tuvimos, por ejemplo, largas discusiones sobre el amor en la literatura. Borges se pasó la vida enamorado, pero enamorado de verdad, y sufrió muchísimas veces. Sin embargo, tenía un prejuicio en contra del amor en la literatura. Una reacción basada en su experiencia de que todos consideraran que el amor era el único tema. Como si hubiera dicho: "Bueno, basta, hay otras cosas aparte del amor". Hasta ahí su reacción era racional y su actitud justificada. Pero a veces exageraba y tenía una postura casi puritana contra el amor. Yo le decía que no fuera puritano y él valorizaba extraordinariamente que se lo hubiera dicho. No era ningún mérito de mi parte sino un comentario sensato y justificado.

También, por ejemplo, yo le decía: "Bueno, basta de estar tan entusiasmado con Quevedo. Lope de Vega es mucho menos pedante, mucho más grato y dice cosas más profundas. El otro es como una cordillera de cartón apta para el tren del Parque Japonés". Borges, agradecido, me daba la razón y pensaba que yo lo rescataba de una superstición. No es para tanto. Esa es una superstición que yo no tenía, pero él no tenía muchísimas otras.

Espero no morirme sin haber escrito algo sobre Borges. Lo que podría hacer es sólo contar cómo lo vi yo, cómo fue conmigo. Corregir algunos errores que se cometieron sobre él, defender a Borges y, sobre todo, defender la verdad. Siempre tuve una superstición con la verdad, tal vez yo estuviera más atado a la verdad que Borges. El a veces arreglaba su pasado para que quedara mejor literariamente. Es como si hubiera preferido realmente la literatura a la verdad. Podía tener cierta falta de escrúpulos que lo hacía reír muchísimo cuando uno la descubría y se la señalaba. Ocurre que él veía la realidad como una expresión de la literatura y ése es el mayor homenaje que se puede hacer a la literatura.



Jorge y Victoria

Por Adolfo Bioy Casares

En un almuerzo en casa de Victoria Ocampo, en 1932, conocí a Borges. Puedo asegurar que fue en esa fecha porque el día anterior Borges había publicado un artículo titulado "Nuestras imposibilidades", hablando de nuestras imposibilidades de ser coherentes o lúcidos en materia política. Yo lo había leído un rato antes de nuestro primer encuentro y hablamos de eso.

Borges se puso a hablar mucho conmigo aunque yo era un chico. Victoria Ocampo, seguramente, me había invitado porque mi madre, que era amiga de ella, le habría dicho que yo escribía. Estaba allí un escritor francés, uno de los de turno de visita en la Argentina, y Victoria, que era muy mandona, dijo: "¿Quieren dejar de hablar entre ustedes y atender al señor Fulano de Tal?". Borges se sintió un poco ofuscado. Tenía mala vista y tropezó con una lámpara, tirándola al suelo. Ese incidente nos hizo sentir una cierta complicidad.

Nunca pensé en términos de gloria o fama y ésa es otra cosa que nos unió a los dos. Las primeras cosas vienen primero, y las segundas pueden olvidarse: la prioridad era la literatura, el acierto literario, la filosofía, la verdad.

Yo sentía que para mí Borges era la literatura viviente y, de algún modo, él habrá sentido que yo compartía esa actitud ante las letras, que para mí era lo principal en la vida. Para los dos, lo más importante era comprender. Sentíamos un gran placer cuando, sobre cualquier asunto que ocurría en la realidad, uno de nosotros explicaba al otro lo que sucedía. Tanto Borges como yo creíamos en la inteligencia como instrumento de comprensión. No se trataba entonces de él o de mí, de quién hablara, sino de haber entendido la verdad de algo. Eso era lo que nos exaltaba más. Para mí, la amistad con Borges fue un regalo de la suerte. Fue la primera persona que conocí para quien nada era más importante que la literatura. Para él la literatura era lo más real. Me hablaba de lo que había leído como si fuera una noticia de actualidad, así se tratara de un presocrático. Cuando colaborábamos, por ejemplo, llegaba a casa y me decía: "Estuve con Fulano de Tal y me dijo tal cosa". Pero Fulano de Tal era un personaje del texto que estábamos escribiendo nosotros.

Borges tenía ese tacto secreto para hacerme sentir que yo era su par. Nunca me hizo sentir de otra manera. En alguna medida porque debía considerar que yo era suficientemente inteligente. No es altanería de mi parte, pero creo que se encontraba a gusto con mi inteligencia. Además, cuando dos personas son amigas, cada una enseña algo a la otra; en caso contrario se trataría de una relación entre maestro y discípulo, no entre amigos. Borges decía, por ejemplo, que él siempre fue partidario del estilo adornado, barroco, y que yo nunca me dejé engañar por ese tipo de escritura. Siempre tuve una predilección por la simplicidad y la transparencia que puede haber sido beneficiosa para Borges, a quien le gustaba demasiado el estilo culto, erudito, artificial. Pienso, y ojalá no me equivoque, que pude en eso haber sido útil para él, como él fue útil para mí en infinidad de cosas.

En múltiples entrevistas y en algún escrito afirmé que nunca escribimos con Borges ese primer cuento del doctor Pretorius, que me relató en Pardo. Daniel Martino, mientras trabajaba en su libro *ABC de Adolfo Bioy Casares*, encontró un manuscrito que prueba lo contrario. Borges y yo lo habíamos olvidado por completo, pero llegamos a escribir unas páginas del cuento, una línea escrita por él y otra por mí y así sucesivamente.

Ese cuento inconcluso y luego olvidado hizo que surgiera el deseo del trabajo en común; comenzamos a hablar de la posibilidad de escribir juntos cuentos policiales. Así nacieron "Seis problemas para Isidro Parodi", "Un modelo para la muerte" y después "Dos fantasías memorables".

Cuando estábamos escribiendo uno de los cuentos que después integraría el libro *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*, suspendimos el trabajo porque sentíamos que nos estaba devorando esa especie de autor que habíamos creado los dos. Bustos Domecq se había convertido en un bromista insoportable, similar a Rabelais, autor que no nos gustaba.

Nosotros creamos ese personaje, Bustos Domecq, y mientras lo pudimos gobernar, seguimos con él. Después se tornó ingobernable y dejamos de escribir esas cosas, aunque seguíamos viéndonos y comiendo juntos todas las noches. Cuando sentimos que podíamos volver a escribir juntos, surgieron los nuevos cuentos que, a mi criterio, no son peores que los primeros, sino incluso mejores porque en los primeros habíamos partido de la ilusión de escribir juntos cuentos policiales ortodoxos y, como no lo fueron, llevaban el lastre del primer proyecto. En cambio, los nuevos eran más parecidos a lo que realmente podíamos hacer nosotros dos juntos. Sin embargo, existe el lugar común de que lo segundo es peor que lo primero. Henry James se pasó la vida corrigiendo sus textos, pero la gente que hoy reedita sus obras proclama que está publicando la primera versión. Creo que los nuevos cuentos fueron tan buenos –o tan malos– como los primeros y que *Crónicas de Bustos Domecq* fue el mejor libro que escribimos juntos. En ese aspecto estábamos completamente de acuerdo.

Escribíamos habitualmente por las noches. Conversábamos libremente sobre la idea que teníamos acerca de un tema hasta que se iba formando, casi sin proponérnoslo, un proyecto común. Luego me sentaba a escribir, antes a máquina, últimamente a mano, porque escribir a máquina ahora me da dolor de cintura. Si a uno se le ocurría la primera frase, la proponía y así con la segunda y la tercera, los dos hablando. Ocasionalmente Borges me decía: "No, no vayas por ahí", o yo le decía: "Ya basta, son demasiadas bromas".

Pienso que este trabajo en colaboración debió enseñarnos a ser modestos. Porque cuando empezamos a colaborar nos sentíamos alineados en una campaña en favor de la trama y de la escritura deliberada, eficaz y consciente. Ibamos a escribir cuentos policiales clásicos como los de la literatura inglesa hasta los años cincuenta, cuentos en los que había un enigma con resolución nítida, poca psicología, los personajes necesarios y la reflexión apenas indispensable. Resultó que escribimos de un modo barroco, acumulando bromas al punto que por momentos nos perdíamos dentro de nuestro propio relato, y alguno de los dos preguntaba: "¿Qué es lo que iba a pasar con ese personaje? ¿Qué ibamos a escribir?". Esto es casi patético porque ambos nos jactábamos de ser muy deliberados. Es como si el destino se hubiera burlado de nosotros.

Luego de "Un modelo para la muerte" hicimos un alto. Tiempo después, en un momento en que Borges estaba muy enamorado, en uno de sus tantos amores infelices, sucedió algo que dio lugar al reinicio de nuestra colaboración. Una mañana yo sacaba a pasear a mi hija y al hijo de la cocinera. Cada uno de esos chicos tenía en la mano un muñeco y se lo describía al otro. Yo estaba calentando el motor del auto y los oía atrás, describiendo, como si no pudieran ver uno el muñeco del otro. Entonces esa noche le propuse a Borges que escribiéramos un cuento sobre un escritor que describiera por el solo placer de la descripción, aunque fuera la cosa más desprovista de interés: el lápiz, el papel, la mesa de trabajo, la goma de borrar, etcétera. Así surgió "Una tarde con Ramón Bonavena", que es la primera de las crónicas.

Meses después, porque con Borges siempre fuimos reticentes y corteses, me agradeció porque comprendía que yo le había propuesto ese cuento para hacerle olvidar su mal de amores. No fue así. Yo se lo propuse simplemente porque se me había ocurrido el cuento. De ese modo nacieron las *Crónicas de Bustos Domecq*, que fue casi nuestra última colaboración larga. Después sólo hubo textos breves: un prólogo sobre literatura fantástica, otro sobre cuentos policiales. Cuando surgía alguna de esas tareas yo le decía: "Bueno, mirá, creo que no hay más remedio, vamos a tener que escribir algo". A lo que él respondía: "¡Qué suerte!", y nos poníamos a escribir.

El más apurado en que nos pusiéramos a trabajar era siempre Borges. Realmente le encantaba trabajar y era muchísimo menos perezoso que yo, mucho más rápido. El decía que le daba mucha importancia al aspecto hedónico de la literatura, pero en realidad era bastante austero y le disgustaban las debilidades o las complacencias. A mí, por ejemplo, me gustaba desde chico la idea de las curas termales porque pensaba que debía ser sumamente agradable estar sentado, descansando y que lo atiendan a uno. Ese tipo de cosas a Borges lo impacientaban. Era un poco protestante, una persona con un sentido de la culpa que yo nunca tuve. Ahora, aunque a veces yo tenía pereza para comenzar, luego lo hacía contentísimo. Es que además trabajábamos riéndonos a carcajadas. Quisimos trabajar en serio y fracasamos.

También eran diferentes muchas de nuestras apreciaciones literarias. Tuvimos, por ejemplo, largas discusiones sobre el amor en la literatura. Borges se pasó la vida enamorado, pero enamorado de verdad, y sufrió muchísimas veces. Sin embargo, tenía un prejuicio en contra del amor en la literatura. Una reacción basada en su experiencia de que todos consideraran que el amor era el único tema. Como si hubiera dicho: "Bueno, basta, hay otras cosas aparte del amor". Hasta ahí su reacción era racional y su actitud justificada. Pero a veces exageraba y tenía una postura casi puritana contra el amor. Yo le decía que no fuera puritano y él valorizaba extraordinariamente que se lo hubiera dicho. No era ningún mérito de mi parte sino un comentario sensato y justificado.

También, por ejemplo, yo le decía: "Bueno, basta de estar tan entusiasmado con Quevedo. Lope de Vega es mucho menos pedante, mucho más grato y dice cosas más profundas. El otro es como una cordillera de cartón apta para el tren del Parque Japonés". Borges, agradecido, me daba la razón y pensaba que yo lo rescataba de una superstición. No es para tanto. Esa es una superstición que yo no tenía, pero él no tenía muchísimas otras.

Espero no morirme sin haber escrito algo sobre Borges. Lo que podría hacer es sólo contar cómo lo vi yo, cómo fue conmigo. Corregir algunos errores que se cometieron sobre él, defender a Borges y, sobre todo, defender la verdad. Siempre tuve una superstición con la verdad, tal vez yo estuviera más atado a la verdad que Borges. El a veces arreglaba su pasado para que quedara mejor literariamente. Es como si hubiera preferido realmente la literatura a la verdad. Podía tener cierta falta de escrúpulos que lo hacía reír muchísimo cuando uno la descubría y se la señalaba. Ocurre que él veía la realidad como una expresión de la literatura y ése es el mayor homenaje que se puede hacer a la literatura.

En un barco de la compañía Moore McCormack, viajé a Nueva York, a principios de 1949, con Silvina y su sobrina Silvia Angélica García Victorica. Cuando llegamos, en el muelle nos esperaban Victoria, mi cuñada, y Victoria García Victorica, a quien llamábamos Toria. A esta altura creo innecesario prevenir al lector de que en la familia Ocampo abundan las Silvias, las Angélicas y las Victorias.

Todavía me pregunto por qué habremos despertado la desconfianza de los inspectores de aduana: escrutaron nuestras valijas con admirable ahínco, casi con ferocidad. ¿Lo confesaré? Nos acompañaba una tropilla de valijas desparejas, cargadas con la ropa necesaria para que nuestra recorrida por el Nuevo y el Viejo Continente no se nos convirtiera en un viaje de compras. La tarea de revisión llevó un buen rato. Victoria, que fácilmente no se resignaba a esperar, apenas disimulaba la impaciencia y, a lo mejor sin proponérselo, golpeteaba con un pie en el piso; pero como todo tiene su término, hubo un momento en que nos encontramos en un automóvil azotado por la lluvia, en calles como desfiladeros oscuros, entre las altas casas de aquella ciudad desconocida; y otro momento, en nuestro cuarto del Hotel Winthrop, en que empezamos a vaciar las valijas y a distribuir las cosas por roperos y cómodas. Demasiado grande para la silla en que se había sentado, Victoria era un espectador impaciente, que anhelaba el fin de la función. De vez en cuando preguntaba:

–¿Dónde quieren almorzar? ¿En Child's, en Zachetti's o en La Coupole?

Mientras le pasaba a Silvina una medias, yo contestaba:

–Donde quieras. Vos conocés los lugares.

Después nos preguntó si queríamos salir a la noche con Louise Crane (nombre entonces totalmente desconocido para nosotros) o si preferíamos que Tucci (hubiera sido igual que nos propusiera a Cucci o a Mucci) nos llevara en su automóvil al Downtown, o si optábamos por visitar al otro día, con el conde de Du Pernod, la playa de Long Island, que la soledad y la penumbra invernal volvían romántica. Alguna vez, con voz apagada, murmuré que estábamos cansados, que sin duda lo mejor sería dejar los paseos para más adelante. La idea de haberme extralimitado me alarmó. Rogué, en rápida marcha atrás:

–Por lo menos elegí por nosotros entre esas personas y esos lugares desconocidos.

Victoria no entendía. Que nos instaláramos y descansáramos en lugar de recorrer la ciudad en ómnibus o de entrar en contacto ese mismo día con la educadora Fulana de Tal desencadenó en ella un proceso de indignación fulminante. Me había llegado a mí el turno de no entender. Vi cómo se incorporaba, obesa y enorme, mascullaba no sé qué en un tono insólito y en torbellino salía del cuarto, llorando. La escena concluyó con un portazo.

Por increíble que parezca, su ánimo se dulcificó un rato después. En el restaurante donde más tarde almorzamos, Victoria, Silvina, Silvia Angélica y Toria me esperaban en una mesa, donde había desconocidos. Imaginé que esas personas serían la Crane, el Tucci y el Du Pernod de que me hablaron. Saludé a uno tras otro. Eran casuales compañeros de mesa. Mi error provocó sincera hilaridad.

Pocos días después Victoria se dio el gusto de preparar un programa completo: a la tarde, en el Roxy, Danny Kaye, a la noche, gran baile de negros en Harlem. Ella se encargaría de todo. Como insistió en que ver a Danny Kaye era importantísimo, una ocasión única, pera no defraudarla debimos renunciar a la comida, ya que por cuestión de horarios las dos cosas eran incompatibles. A las cinco Victoria llamó para decirnos que estrenaban no recuerdo qué película. Porque no había entradas en el Roxy, quería que la acompañáramos al cinematógrafo. Junté coraje y le dije que prefería no quedarme sin comer. La insubordinación no le cayó bien y puntualizó, perentoria, que a las ocho pasaría a buscarnos el doctor Beauchamps y que fuéramos puntuales, porque la delicada susceptibilidad del negro imputaría nuestra previsible demora al propósito de insultarlo. A las ocho estábamos listos y hasta las once nos turnamos, Silvia, Toria y yo, para acompañar a Victoria, o siquiera seguirla, en sus idas y venidas por la ventosa vereda del Hotel Winthrop, en esa noche glacial. Mientras la seguíamos, fingíamos hablar con naturalidad, sin obtener el mendrugo de una respuesta. A las once llegó, campechano y festivo, un señor negro; no el esperado.

Del todo insensible a la irritación de Victoria, el hombre explicó que el doctor Beauchamps había bebido más de lo prudente, pero que ya vendría. Victoria preguntó si no llegaríamos tarde al baile. Nuestro interlocutor contestó:

–No tengo idea.

Evidentemente no daba importancia al asunto. Yo empezaba a encontrarlo atinado, cuando Victoria murmuró algo que descifré como: "Negros de mierda". En su boca la expresión me asombró porque poco antes la había oído hablar de la gente negra con suntuoso respeto. Para una mejor comprensión del episodio hay que recordar que Victoria no toleraba a los borrachos.

Por fin llegó, sin ningún sentimiento de culpa, el ponderado y esperado doctor Beauchamps, no demasiado borracho, pero alegre. Parecía muy lujoso, en su Cadillac de color fucsia, con paragolpes dorados. Nos distribuimos en el amplio automóvil. Delante Victoria y los señores; atrás Silvia, Silvina, Toria y yo. El doctor Beauchamps manejaba de modo audaz y desapacible. Como nos permitimos hablar entre nosotros, Victoria se volvió, para sugerirnos en español:

–Hablen con los señores, no sean mierdas.

Poco después rozamos un automóvil atestado de negros. Beauchamps detuvo el Cadillac en medio de la avenida y bajó a mirar los daños y a discutir con la gente del otro coche. Nos tranquilizamos al verlo reír con serenidad mundana. Hubo un grito y el negro que se había quedado en el coche se puso muy serio y acudió en apoyo de su amigo. Mientras tanto, aislados en el Cadillac, esperamos interminablemente, sorteados apenas por los automóviles que todo el tiempo, a toda velocidad, pasaban por la avenida, mojada y resbalosa. Victoria debió de enojarse, porque reflexionó:

–Negros guarangos.

Interesante o no, el baile era más bien desagradable, porque había demasiada gente. Por suerte reinaba la decencia y el orden. Hombres de frac, mujeres de vestido largo; los entendidos me aseguraban que ahí estaba lo mejor de la sociedad negra de Nueva York. Victoria volvió a enojarse, porque en una mesa ocupada por ocho personas había dos sillas vacías, pero Silvina y Silvia no se mostraban dispuestas a ocuparlas: tal vez preferían quedarse con nosotros a ocupar esa mesa con personas desconocidas. Victoria se enojó porque no entendía que se negaban por ser tímidas. Perdimos de vista a Victoria. Allá había tanta gente que lo único que podíamos ver era la espalda de la persona que teníamos delante. Juntamos coraje y, como pudimos, mutuamente nos comunicamos el común deseo de partir cuanto antes; pero recapacitamos que si nos íbamos sin prevenir a Victoria, su resentimiento sería justificado. De modo que atajando el resuello –faltaba aire– nos aguantamos en esa comprimida estrechez. Al rato, abriéndose paso trabajosamente, llegó a nosotros Louise Crane. Le pregunté:

–¿Sabe dónde está Victoria?

–No tengo la menor idea –contestó, para agregar después de una pausa-: Victoria se fue hace rato.

Otro episodio que recuerdo fue un almuerzo en el Waldorf Astoria. Después de una larga mañana en la agencia de navegación, para reservar pasajes, y en un banco, para comprar y firmar *traveller's checks*, a eso de la una y media volví a mi hotel. En la mano que estiré para recibir la llave, el conserje dejo caer un papelito, con el mensaje, en inglés: "A la una lo espera su cuñada en el Waldorf Astoria, para almorzar".

A pesar del frío, la corrida trajo un sofocón. Muy consciente de mi respiración entrecortada y de mi sudor, llegué al restaurante del Waldorf, donde divisé a Silvina y a Victoria, que almorzaban con desconocidos. Me los presentaron. Eran Tucci, Du Pernod y otra gente cuyo nombre ahora no recuerdo. Victoria me indicó una silla vacía, entre dos viejas señoras. Tal vez el apuro que ponía en comer se opusiera a mis intentos de relajación; iban por el segundo plato y yo esperaba llegar con ellos al postre. Pensé que un diálogo, cualquier diálogo, fuera tal vez más eficaz para contener el sudor, que el pañuelo mojado que insistentemente me pasaba por la cara; pero emprender conversación no era fácil. La señora que estaba a mi derecha hablaba en italiano, de Italia y de recuerdos comunes, con su compañero de la derecha; la que estaba a la izquierda hablaba en francés, de Francia y de recuerdos comunes, con su compañero de la izquierda. Alguien me entregó un papelito. Vi la firma, una *v* corta, y después leí sin mayor sorpresa: "No seas mierda. Hablá con las señoras. Son personas importantes".

Tucci resultó agradable, y el primero de una serie de escritores italianos muy diversos, con los que inmediatamente me sentí ligado por una amistad de años (como si la amistad supliera el tiempo): Lampedusa, Piovene, Bassani, Moravia, Morra, Calvino, Buzzati y Sciascia (algunos de los cuales sólo conocí por los relatos). En esa comida Tucci me habló de los *editors* que en el *New Yorker* a menudo le cambiaban a uno el final de los cuentos, le agregaban o suprimían un personaje y aun le agregaban escenas. Me dijo que en las editoriales, para cada novela había un *editor* que cumplía esas funciones. Me explicó también que la publicación de un primer libro era particularmente difícil en Estados Unidos, porque a los editores no les interesaban los libros que vendieran menos de cinco mil ejemplares.

Antes de irnos de Nueva York ofendimos una vez más a Victoria. Nos anunció que nos presentaría a escritores de la *Partisan Review* y nos vimos obligados a confesarle que ya nos los había presentado Ulrika von Külmann. En mérito de su amistad con Borges, Ulrika era nuestra agente en Norteamérica. Nos parecía natural que en un país donde nos veían como escritores irreales tuviéramos un agente ficticio. En la reunión con los escritores de la *Partisan Review*, uno de ellos me preguntó qué vendía (*What do you sell?*). Me acordé de William Faulkner y el sur, de Ernest Hemingway y las bravuconadas, de Erskine Caldwell y la miseria de los años treinta, y no sin orgullo contesté que no vendía nada. Me previno entonces que yo no iba a interesar a nadie; peor aún, que iba a despertar sospechas. Cuando volví al hotel, mentalmente corregí el diálogo con el pelafustán y llegué a decirle que se cuidara bien de formular su pregunta fuera de Norteamérica, porque iban a despreciarlo. En la escena que yo imaginaba, el hombre se entristecía y para levantarle el ánimo le aseguré que en Europa preguntaban lo mismo, pero con estas palabras: "¿Es usted un escritor comprometido?".

Fotografía de un lector que escribe: Adolfo Bioy Casares con un libro de Walpole y todo el día por delante en Rincón Viejo. Pardo, 1965

Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Memorias*, por Adolfo Bioy Casares. Se reproduce aquí por gentileza de Tusquets Editores.

Victoria

Por Adolfo Bioy Casares

En un barco de la compañía Moore McCormack, viajé a Nueva York, a principios de 1949, con Silvina y su sobrina Silvia Angélica García Victorica. Cuando llegamos, en el muelle nos esperaban Victoria, mi cuñada, y Victoria García Victorica, a quien llamábamos Toria. A esta altura creo innecesario prevenir al lector de que en la familia Ocampo abundan las Silvias, las Angélicas y las Victorias.

Todavía me pregunto por qué habremos despertado la desconfianza de los inspectores de aduana: escrutaron nuestras valijas con admirable ahínco, casi con ferocidad. ¿Lo confesaré? Nos acompañaba una tropilla de valijas desparejas, cargadas con la ropa necesaria para que nuestra recorrida por el Nuevo y el Viejo Continente no se nos convirtiera en un viaje de compras. La tarea de revisión llevó un buen rato. Victoria, que fácilmente no se resignaba a esperar, apenas disimulaba la impaciencia y, a lo mejor sin proponérselo, golpeteaba con un pie en el piso; pero como todo tiene su término, hubo un momento en que nos encontramos en un automóvil azotado por la lluvia, en calles como desfiladeros oscuros, entre las altas casas de aquella ciudad desconocida; y otro momento, en nuestro cuarto del Hotel Winthrop, en que empezamos a vaciar las valijas y a distribuir las cosas por roperos y cómodas. Demasiado grande para la silla en que se había sentado, Victoria era un espectador impaciente, que anhelaba el fin de la función. De vez en cuando preguntaba:

–¿Dónde quieren almorzar? ¿En Child's, en Zachetti's o en La Coupole?

Mientras le pasaba a Silvina una medias, yo contestaba:

–Donde quieras. Vos conocés los lugares.

Después nos preguntó si queríamos salir a la noche con Louise Crane (nombre entonces totalmente desconocido para nosotros) o si preferíamos que Tucci (hubiera sido igual que nos propusiera a Cucci o a Mucci) nos llevara en su automóvil al Downtown, o si optábamos por visitar al otro día, con el conde Du Pernod, la playa de Long Island, que la soledad y la penumbra invernal volvían romántica. Alguna vez, con voz apagada, murmuré que estábamos cansados, que sin duda lo mejor sería dejar los paseos para más adelante. La idea de haberme extralimitado me alarmó. Rogué, en rápida marcha atrás:

–Por lo menos elegí por nosotros entre esas personas y esos lugares desconocidos.

Victoria no entendía. Que nos instaláramos y descansáramos en lugar de recorrer la ciudad en ómnibus o de entrar en contacto ese mismo día con la educadora Fulana de Tal desencadenó en ella un proceso de indignación fulminante. Me había llegado a mí el turno de no entender. Vi cómo se incorporaba, obesa y enorme, mascullaba no sé qué en un tono insólito y en torbellino salía del cuarto, llorando. La escena concluyó con un portazo.

Por increíble que parezca, su ánimo se dulcificó un rato después. En el restaurante donde más tarde almorzamos, Victoria, Silvina, Silvia Angélica y Toria me esperaban en una mesa, donde había desconocidos. Imaginé que esas personas serían la Crane, el Tucci y el Du Pernod de que me hablaron. Saludé a uno tras otro. Eran casuales compañeros de mesa. Mi error provocó sincera hilaridad.

Pocos días después Victoria se dio el gusto de preparar un programa completo: a la tarde, en el Roxy, Danny Kaye, a la noche, gran baile de negros en Harlem. Ella se encargaría de todo. Como insistió en que ver a Danny Kaye era importantísimo, una ocasión única, pera no defraudarla debimos renunciar a la comida, ya que por cuestión de horarios las dos cosas eran incompatibles. A las cinco Victoria llamó para decirnos que estrenaban no recuerdo qué película. Porque no había entradas en el Roxy, quería que la acompañáramos al cinematógrafo. Junté coraje y le dije que prefería no quedarme sin comer. La insubordinación no le cayó bien y puntualizó, perentoria, que a las ocho pasaría a buscarnos el doctor Beauchamps y que fuéramos puntuales, porque la delicada susceptibilidad del negro imputaría nuestra previsible demora al propósito de insultarlo. A las ocho estábamos listos y hasta las once nos turnamos, Silvia, Toria y yo, para acompañar a Victoria, o siquiera seguirla, en sus idas y venidas por la ventosa vereda del Hotel Winthrop, en esa noche glacial. Mientras la seguíamos, fingíamos hablar con naturalidad, sin obtener el mendrugo de una respuesta. A las once llegó, campechano y festivo, un señor negro; no el esperado.

Del todo insensible a la irritación de Victoria, el hombre explicó que el doctor Beauchamps había bebido más de lo prudente, pero que ya vendría. Victoria preguntó si no llegaríamos tarde al baile. Nuestro interlocutor contestó:

–No tengo idea.

Evidentemente no daba importancia al asunto. Yo empezaba a encontrarlo atinado, cuando Victoria murmuró algo que descifré como: "Negros de mierda". En su boca la expresión me asombró porque poco antes la había oído hablar de la gente negra con suntuoso respeto. Para una mejor comprensión del episodio hay que recordar que Victoria no toleraba a los borrachos.

Por fin llegó, sin ningún sentimiento de culpa, el ponderado y esperado doctor Beauchamps, no demasiado borracho, pero alegre. Parecía muy lujoso, en su Cadillac de color fucsia, con paragolpes dorados. Nos distribuimos en el amplio automóvil. Delante Victoria y los señores; atrás Silvia, Silvina, Toria y yo. El doctor Beauchamps manejaba de modo audaz y desapacible. Como nos permitimos hablar entre nosotros, Victoria se volvió, para sugerirnos en español:

–Hablen con los señores, no sean mierdas.

Poco después rozamos un automóvil atestado de negros. Beauchamps detuvo el Cadillac en medio de la avenida y bajó a mirar los daños y a discutir con la gente del otro coche. Nos tranquilizamos al verlo reír con serenidad mundana. Hubo un grito y el negro que se había quedado en el coche se puso muy serio y acudió en apoyo de su amigo. Mientras tanto, aislados en el Cadillac, esperamos interminablemente, sorteados apenas por los automóviles que todo el tiempo, a toda velocidad, pasaban por la avenida, mojada y resbalosa. Victoria debió de enojarse, porque reflexionó:

–Negros guarangos.

Interesante o no, el baile era más bien desagradable, porque había demasiada gente. Por suerte reinaba la decencia y el orden. Hombres de frac, mujeres de vestido largo; los entendidos me aseguraban que ahí estaba lo mejor de la sociedad negra de Nueva York. Victoria volvió a enojarse, porque en una mesa ocupada por ocho personas había dos sillas vacías, pero Silvina y Silvia no se mostraban dispuestas a ocuparlas: tal vez preferían quedarse con nosotros a ocupar esa mesa con personas desconocidas. Victoria se enojó porque no entendía que se negaban por ser tímidas. Perdimos de vista a Victoria. Allá había tanta gente que lo único que podíamos ver era la espalda de la persona que teníamos delante. Juntamos coraje y, como pudimos, mutuamente nos comunicamos el común deseo de partir cuanto antes; pero recapacitamos que si nos íbamos sin prevenir a Victoria, su resentimiento sería justificado. De modo que atajando el resuello –faltaba aire– nos aguantamos en esa comprimida estrechez. Al rato, abriéndose paso trabajosamente, llegó a nosotros Louise Crane. Le pregunté:

–¿Sabe dónde está Victoria?

–No tengo la menor idea –contestó, para agregar después de una pausa–: Victoria se fue hace rato.

Otro episodio que recuerdo fue un almuerzo en el Waldorf Astoria. Después de una larga mañana en la agencia de navegación, para reservar pasajes, y en un banco, para comprar y firmar *traveller's checks*, a eso de la una y media volví a mi hotel. En la mano que estiré para recibir la llave, el conserje dejo caer un papelito, con el mensaje, en inglés: "A la una lo espera su cuñada en el Waldorf Astoria, para almorzar".

A pesar del frío, la corrida trajo un sofocón. Muy consciente de mi respiración entrecortada y de mi sudor, llegué al restaurante del Waldorf, donde divisé a Silvina y a Victoria, que almorzaban con desconocidos. Me los presentaron. Eran Tucci, Du Pernod y otra gente cuyo nombre ahora no recuerdo. Victoria me indicó una silla vacía, entre dos viejas señoras. Tal vez el apuro que ponía en comer se opusiera a mis intentos de relajación; iban por el segundo plato y yo esperaba llegar con ellos al postre. Pensé que un diálogo, cualquier diálogo, fuera tal vez más eficaz para contener el sudor, que el pañuelo mojado que insistentemente me pasaba por la cara; pero emprender conversación no era fácil. La señora que estaba a mi derecha hablaba en italiano, de Italia y de recuerdos comunes, con su compañero de la derecha; la que estaba a la izquierda hablaba en francés, de Francia y de recuerdos comunes, con su compañero de la izquierda. Alguien me entregó un papelito. Vi la firma, una *v* corta, y después leí sin mayor sorpresa: "No seas mierda. Hablá con las señoras. Son personas importantes".

Tucci resultó agradable, y el primero de una serie de escritores italianos muy diversos, con los que inmediatamente me sentí ligado por una amistad de años (como si la amistad supliera el tiempo): Lampedusa, Piovene, Bassani, Moravia, Morra, Calvino, Buzzati y Sciascia (algunos de los cuales sólo conocí por los relatos). En esa comida Tucci me habló de los *editors* que en el *New Yorker* a menudo le cambiaban a uno el final de los cuentos, le agregaban o suprimían un personaje y aun le agregaban escenas. Me dijo que en las editoriales, para cada novela había un *editor* que cumplía esas funciones. Me explicó también que la publicación de un primer libro era particularmente difícil en Estados Unidos, porque a los editores no les interesaban los libros que vendieran menos de cinco mil ejemplares.

Antes de irnos de Nueva York ofendimos una vez más a Victoria. Nos anunció que nos presentaría a escritores de la *Partisan Review* y nos vimos obligados a confesarle que ya nos los había presentado Ulrika von Külmann. En mérito de su amistad con Borges, Ulrika era nuestra agente en Norteamérica. Nos parecía natural que en un país donde nos veían como escritores irreales tuviéramos un agente ficticio. En la reunión con los escritores de la *Partisan Review*, uno de ellos me preguntó qué vendía (*What do you sell?*). Me acordé de William Faulkner y el sur, de Ernest Hemingway y las bravuconadas, de Erskine Caldwell y la miseria de los años treinta, y no sin orgullo contesté que no vendía nada. Me previno entonces que yo no iba a interesar a nadie; peor aún, que iba a despertar sospechas. Cuando volví al hotel, mentalmente corregí el diálogo con el pelafustán y llegué a decirle que se cuidara bien de formular su pregunta fuera de Norteamérica, porque iban a despreciarlo. En la escena que yo imaginaba, el hombre se entristecía y para levantarle el ánimo le aseguré que en Europa preguntaban lo mismo, pero con estas palabras: "¿Es usted un escritor comprometido?". ■



Fotografía de un lector que escribe: Adolfo Bioy Casares con un libro de Walpole y todo el día por delante en Rincón Viejo. Pardo, 1965

...por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Memorias*, por Adolfo Bioy Casares. Se reproduce aquí por gentileza de Tusquets Editores.



PALABRA OCULTA

Deduzca la palabra de cinco letras que debe encabezar cada diagrama, a partir de las palabras-pistas que aparecen debajo. Los números indican cuántas letras en común y en la misma posición tiene cada pista con la palabra buscada. (Si hay letras en común, pero en lugar incorrecto, no se tienen en cuenta.) En cada caso, la palabra buscada se forma únicamente con letras que figuran en su correspondiente diagrama. Una vez resueltos los cinco primeros casos, pase las palabras halladas al diagrama F, situándolas en las líneas respectivas, y deduzca finalmente la palabra que debe encabezar ese último diagrama.

A



C A S C O	1
G R A S A	1
T O T E M	1
C R I A R	2
A Q U E L	3

B

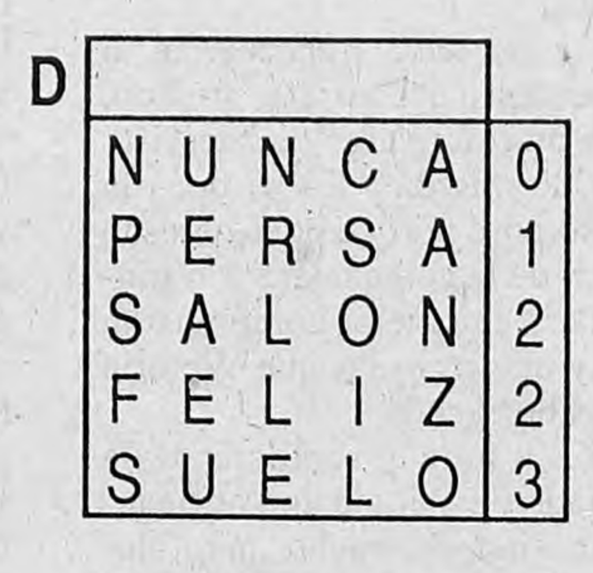


R U T A S	1
R A Z O N	1
C O F R E	2
M I L L A	2
H I E L O	2

C

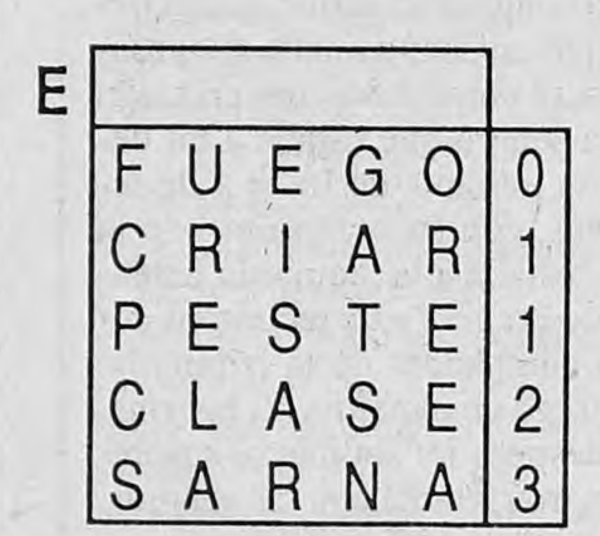
B R O M A	1
B E S A R	1
T I M O N	2
S A L T O	2
V A G O N	3

D



N U N C A	0
P E R S A	1
S A L O N	2
F E L I Z	2
S U E L O	3

E



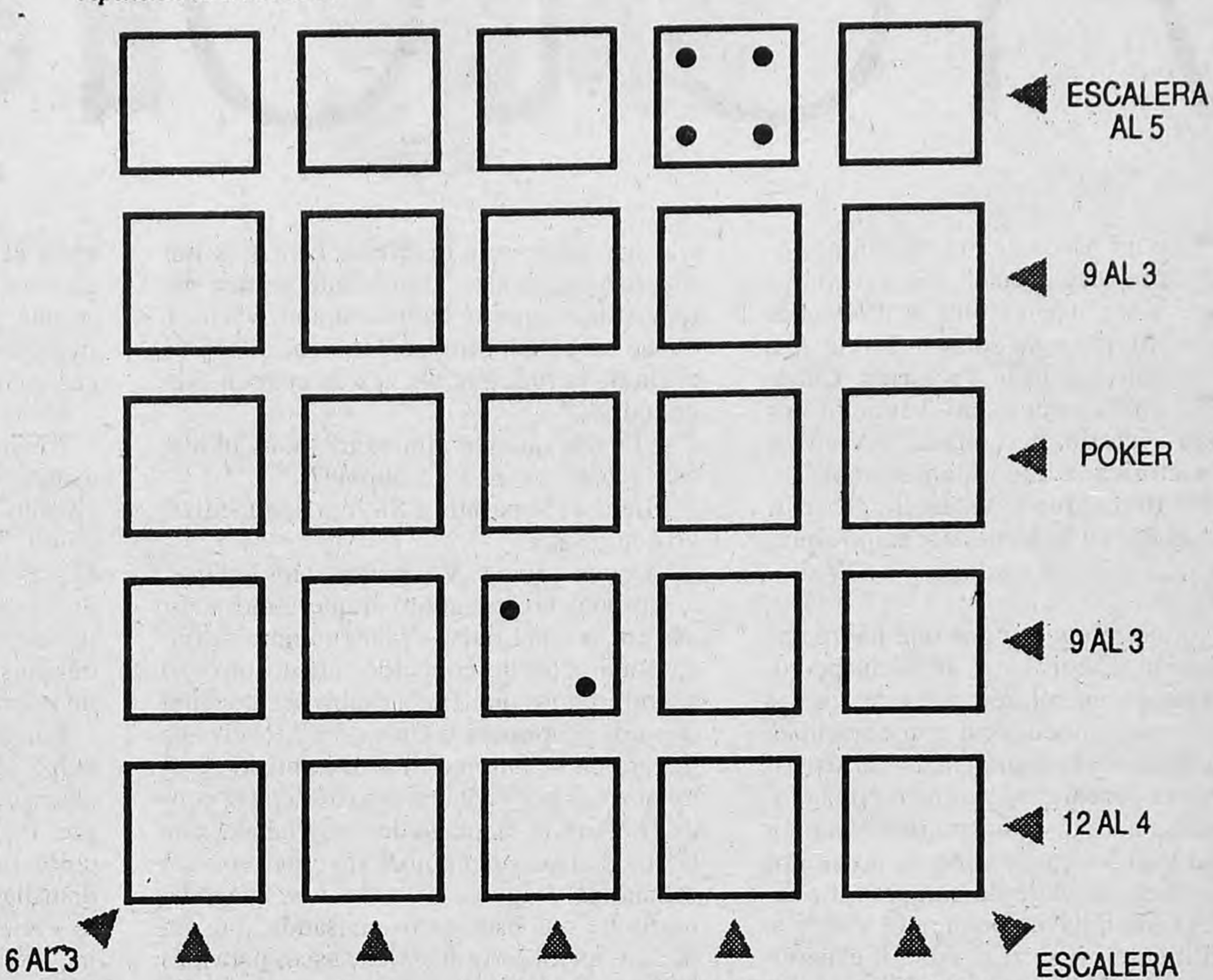
F U E G O	0
C R I A R	1
P E S T E	1
C L A S E	2
S A R N A	3

F

A		1
B		2
C		2
D		2
E		3

CUBILETE

En este cuadro hay 25 dados, a los cuales, en su mayoría, les faltan los puntos. Usted sabrá proveerlos a partir de las combinaciones que se indican en cada fila, columna o diagonal, más las pistas dadas. Los juegos son: REPOKER: 5 dados iguales; POKER: 4 iguales y uno distinto; FULL: 3 de un valor y 2 de otro; ESCALERAS: "al cinco" (1, 2, 3, 4, 5), "al seis" (2, 3, 4, 5, 6) y "al as" (3, 4, 5, 6, 1). En los demás casos se indica el dado que más se repite y su suma. Por ejemplo: (5, 1, 3, 1, 2) es "Dos al as", y (2, 4, 5, 2, 5) es "Cuatro al dos", porque habiendo dos pares se anuncia el más bajo. Los juegos pueden aparecer desordenados y no hay límite para la repetición de los valores.





CRUCIGRAMA CON PISTAS

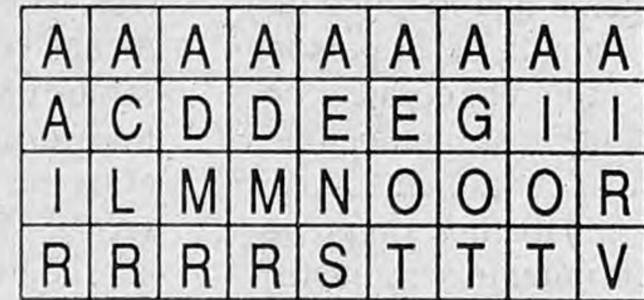
*En este crucigrama no se dan definiciones, sino pistas: **generales, horizontales** y **verticales**. Además, se incluye un cuadro con todas las letras que intervienen. De todos modos, si con la ayuda de estas pistas no logra resolverlo, **puede recurrir a las pistas auxiliares** que aparecen invertidas al pie de página.*

PISTAS GENERALES
- No hay cuadritos negros; son, por lo tanto, 12 palabras de 6 letras.
- Vocales y consonantes están rigurosamente alternadas.
- Con las letras de las esquinas, se puede formar la palabra **GASA**.

PISTAS HORIZONTALES
A. En esta palabra están la única **V** y la única **G**.
B. Aquí hay dos **O** y una **A**, pero ninguna **T**.
C. En este nombre propio geográfico no se repiten letras.
D. Es un verbo en infinitivo, sin la **E** ni la **O**.
E. Palabra formada por un símbolo, una preposición y un sol egipcio.
F. Un plural con la **A** como vocal única.

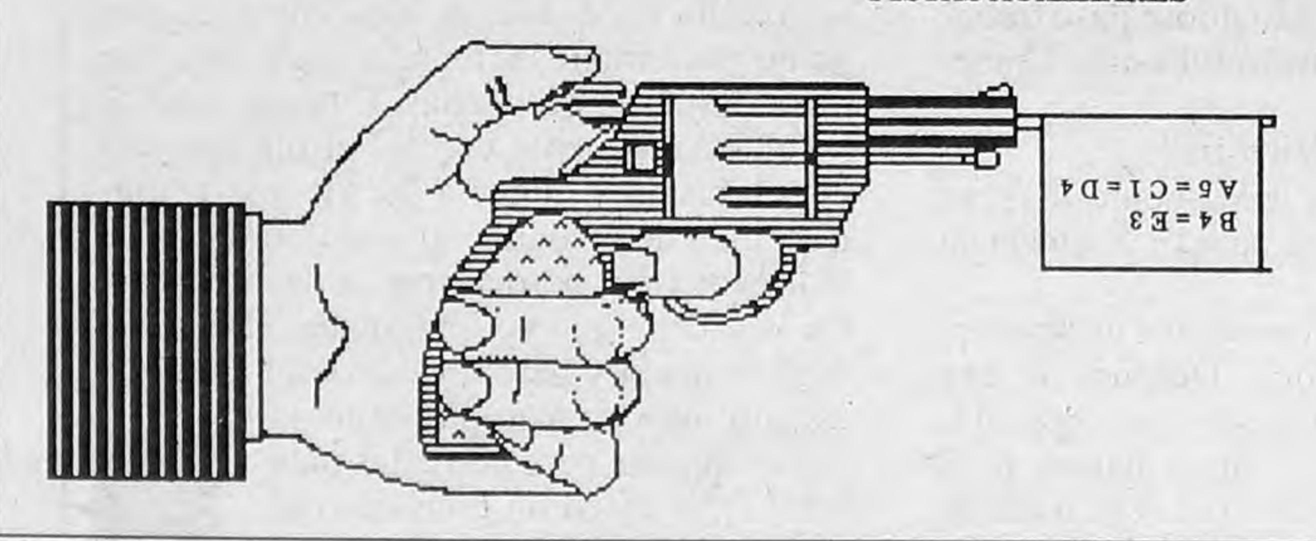
PISTAS VERTICALES
1. Palabra esdrújula y femenina, sin repetición de letras.
2. Puede ser o no un verbo en infinitivo muy fragante.
3. Opción entre esdrújula femenina y verbo conjugado, con la única **V**.
4. En este verbo conjugado hay dos **E** y una **I**.
5. Un verbo conjugado sin la **E** ni la **I**.
6. Es plural o verbo conjugado, y repite tres veces la misma vocal.

	1	2	3	4	5	6
A						
B						
C						
D						
E						
F						



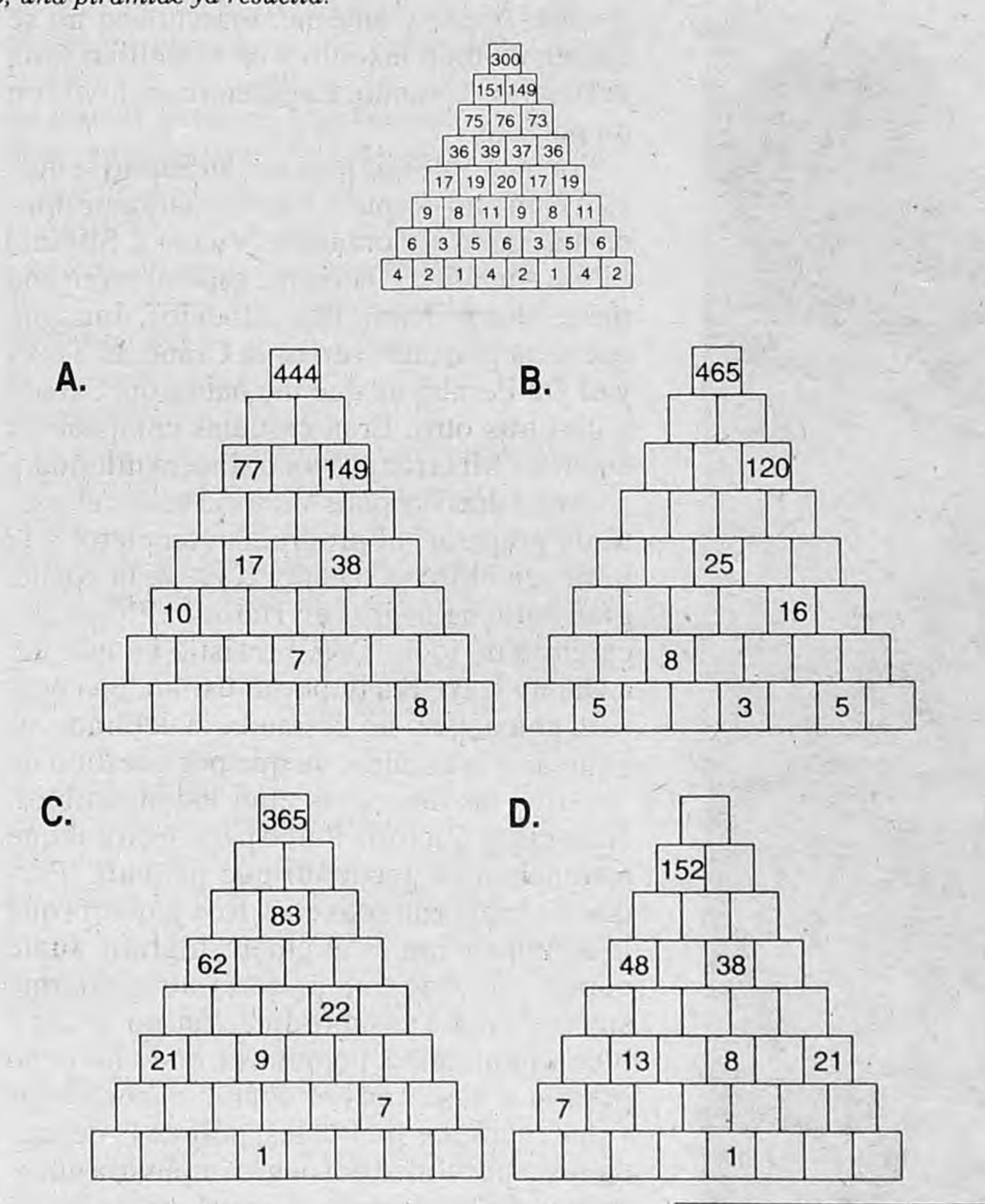
A	A	A	A	A	A	A	A	A
A	C	D	D	E	E	G	I	I
I	L	M	M	N	O	O	O	R
R	R	R	R	S	T	T	T	V

PISTAS AUXILIARES



PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga las sumas de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados; y como ejemplo, una pirámide ya resuelta.





Soluciones en la edición del martes 18

Soluciones del número anterior

NUMERO OCULTO

A. 3.947
B. 1.984
C. 7.058
D. 2.409

CUBILETE

4	2	5	5	5
1	5	6	3	4
5	4	3	5	5
1	3	6	2	4
5	1	6	6	6

CRUCIGRAMA

C	A	M	I	L	A
A	N	I	D	A	S
S	A	L	O	M	E
E	D	I	L	E	S
R	O	T	O	S	O
O	N	A	S	■	R

PIRAMIDES NUMERICAS

